

## DOS LIBROS DE VICENTE HUIDOBRO

Por Marco Antonio Campos

En noviembre de 1918, gracias a una coedición de la Universidad Autónoma de Nuevo León, la Fundación Vicente Huidobro y El Golem Editores, se publicaron en un solo volumen, para festejar el centenario de su publicación, *Ecuatorial* y *Poemas Árticos* de Vicente Huidobro (“antimago y poeta”, como se llamó a sí mismo el poeta chileno en el Canto IV de *Altazor*).

Mallarmé con “Lance de dados” en 1897, los futuristas italianos en 1909, y manifiestamente Blaise Cendrars (“La prosa del transiberiano”) y Apollinaire (*Alcoholes*) en 1913, habían abierto de par en par las puertas de la vanguardia en occidente. Los poemas tradicionales, en metro y rima, se habían vuelto una camisa de fuerza, y se quería desajustar y desarticular la poesía, en suma, hallar nuevas vías. Lo lograron. No obstante los poemas en metro y rima, o sólo con metro, los siguieron escribiendo a la par del verso libre o versos experimentales muchos de los mejores poetas del siglo XX.

En lengua española quien abrió las vanguardias fue Huidobro con estos dos libros, *Ecuatorial* y *Poemas Árticos*, en 1918, y seguirían en España los ultraístas en el mismo año, tomando como modelo a Huidobro, y lo continuaría, sin ser consciente del todo de las explosiones vanguardistas, el peruano César Vallejo con *Trilce* en 1922. La diferencia entre ambos tal vez es que en el tiempo que Huidobro los escribe estaba en París y rodeado con pintores y poetas de gran talento e imaginación, y Vallejo vivía aisladamente en ciudades del Perú, incluso Lima, a las que apenas llegaban las novedades del extranjero. Huidobro fue pronto famoso, y creció su fama con *Altazor* y *Temblor de cielo* (1931); la gloria de Vallejo vendría después de su muerte en 1938. Pero uno y otro tuvieron, a su manera y por diversas vías, continuaciones de gran calado en Latinoamérica como en alguna parte de la obra de Octavio Paz y Haroldo de Campos, de Gonzalo Rojas y Juan Gelman, y también, desde luego, en una cauda infinita de poemas de malos imitadores.

En unas líneas de la contraportada de la edición de noviembre pasado, el poeta chileno Óscar Hahn escribe: “La presente edición incluye dos libros emblemáticos de Vicente Huidobro: *Ecuatorial* y *Poemas Árticos*, ambos publicados en Madrid en 1918, es decir, hace exactamente un siglo. Son nada menos que los textos inaugurales de la Vanguardia en lengua española. Tanto *Ecuatorial* como *Poemas Árticos* emplean todas las audacias tipográficas que la nueva estética de esos años patrocinaba: exclusión de signos de puntuación, uso innovador de los espacios en blanco y versos enteros en mayúsculas”. Habría que añadir que los versos con mayúsculas son los habituales, pero hay también versos y palabras con mayúsculas que están en plano inclinado. Asimismo en los poemas hallamos alguna doble columna, aliteraciones (“en la trinchera ecuatorial/ trizada a trechos”) y numerosas rimas intencionadamente consecutivas. Uno y otro libro huidobrianos son el primer gran paso, que culminaría en 1931 con la publicación en Madrid de *Altazor*, un libro-poema al cual todos debemos un poco, y cuyo Prefacio es uno de los momentos más bellos de la poesía del siglo XX en nuestra lengua y quizá de cualquier siglo. Ya en estos libros hay el orbe de palabras que en su repetición armónica definen un estilo: paracaídas, ascensores, banderas, pájaros en general pero también individualmente golondrinas, gaviotas, ruiseñores, alondras, y claro, violín, guitarra, olas, y en fin, Cristo en vuelo en un avión o solo... La poesía parece un juego de niños que esconde una ironía espléndidamente ingenua. Como si Huidobro al escribir no olvidara (la expresión es de López Velarde) “los Santos Lugares de la niñez”.

¿Cuántos versos de estos libros no nos hemos repetido en la memoria o dicho en conversaciones y nos sorprenden como la primera vez? “Yo quería ese mar para mi sed de antaño”, el cual me hace imaginar las aguas del Pacífico en el balneario chileno de Cartagena; “El último verso nunca será cantado”, que da la idea de que la poesía vivirá más allá del tiempo; “Eras tan hermosa que no pudiste hablar”, que encanta a las mujeres cuando lo oyen; o “Yo he tenido en mis manos todo lo que se iba”, que en un instante da la impresión absoluta de la fugacidad de lo habido.

Es una larga discusión entre los críticos del chileno. Para mí más que emocionar, Huidobro buscó ante todo, con la creación de imágenes insólitas, asombrar o maravillar. Es como si tuviera un mapamundi y con él colocara y volviera a colocar, con manos prodigiosas, ciudades, pueblos, ríos, montañas, bosques, llanuras... Le gustaba de esta manera hacer y rehacer mundos.

Por último, no queda más que aplaudir esta edición conmemorativa en Chile y en México de los dos poemarios de aquél quien nació a los “33 años el día de la muerte de Cristo”, un árbol máximo de la poesía en lengua española del siglo XX.